

Un detalle de la gran muralla china, testigo de los últimos dos mil años de la historia del país. De sus muros almenados, que van a lo largo de tres mil kilómetros desde el golfo de Pechili hasta la frontera del Turkestán, penden grandes carteles con "slogans" de Mao. El camino sobre la muralla tiene unos cinco metros de anchura.

Los grandes moralistas chinos: Confucio y Lao-Tse

Mientras en el Occidente pensadores griegos y latinos se esforzaban en explicar el sistema del mundo con bases filosóficas, en el Lejano Oriente los chinos trataban de resolver el problema de vivir en común según normas de disciplina y moral.

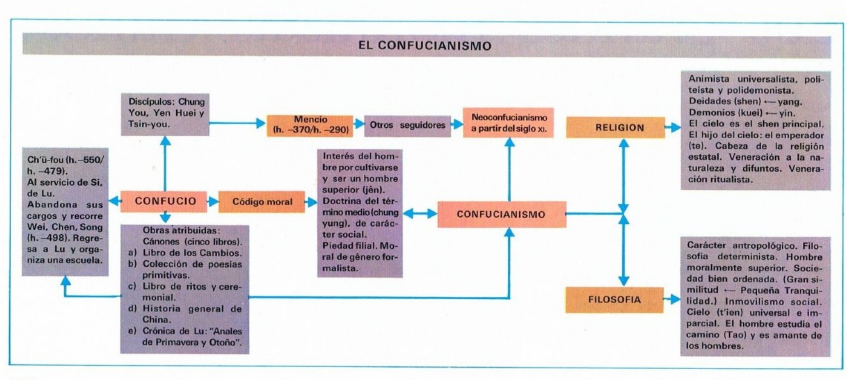
Entonces la China estaba dividida en pequeños estados casi independientes gobernados por duques o magnates, a veces aliados, a veces enemigos; en ocasiones, uno de ellos conseguía imponer su prestigio creando una dinastía que duraba algunos decenios. Estos estados *provinciales,* o el central ya dinástico, tenían sus cortes, en las que se comentaban tradiciones milenarias y se practicaban las costumbres ancestrales del buen vivir según los antiguos. Los duques, o jefes de estado, tenían su administración y cancillerías de profesionales del saber civil, que fueron después los mandarines.

Grabado chino del siglo XVIII que representa al emperador Chi Huang-ti de viaje (Biblioteca Nacional, París). Bajo su reinado se unificaron todas las tierras de China y construyó la gran muralla para defender esta unidad interior contra los bárbaros del Norte.

Fue en este mundo de letrados, por no decir filósofos, donde se recordaban y debatían las mejores maneras de proceder en cada caso de la vida organizada por viejas costumbres de generaciones seculares, en el que aprendió Confucio.

En la China civilizada que hacemos comenzar con Confucio no había un credo teológico basado en una creación y en un espíritu organizador que lo mantuviera e impusiera a los humanos deberes de adoración; en una palabra, carecía de fe religiosa. No se había hecho ni alusión a una vida futura, en la que se recibieran recompensas y castigos. No había tampoco arte representativo que diera libertad a la imaginación. El primitivo arte chino está concentrado en formas geométricas que sólo algunas veces se explican por remotas referencias a dragones, pájaros mitológicos y plantas de un país ideal. Estas para nosotros confusas relaciones con los seres vivos eran las que daban motivo de comentarios a los letrados de las cancillerías.

En uno de estos grupos de comentaristas se formó Confucio, el gran moralista, guía espiritual todavía para muchos de su raza. Los esfuerzos para explicar los símbolos que se entremezclan en los vasos de





Dos originales hebillas de bronce dorado en forma de tigre, de la dinastía Han (Museo Británico, Londres, y Museo Cernuschi, París).

bronce chinos no podían enseñar nada a Confucio. Su moral se basó en experiencia y raciocinio.

Los letrados anteriores a Confucio nos han dejado grandes libros ilustrados con imágenes grabadas que describen extraordinarios bronces, los cuales pueden atribuirse a la más remota antigüedad. Algunos son grandes tambores metálicos, que con su sonido revelan algo misterioso y raro; tienen el cilindro decorado con líneas paralelas y al resonar deben producir efectos mágicos, facilitar curas o preñez. Otros son vasos para contener líquidos de gran eficacia para expulsar los espíritus o para atraerlos con sacrificios o libaciones. La precisa utilidad de estos objetos, sin embargo, no pueden explicarla claramente ni siquiera unos anticuarios que emplearon toda la vida en su estudio. Para nosotros, acostumbrados a un arte realista, el efecto que nos producen es embelesarnos con una sensación de místico primitivismo, percibir en ellos algo que es profundo, bárbaro e infantil, pero al mismo tiempo esotérico e inefable.

Las formas inesperadas de sus panzas están acentuadas por relieves decorativos que parecen desafiarnos a que los descifremos para encontrar algo lógico, coordenado y natural. No podemos explicar cuál es la causa de su belleza ni lo que significan los pares de ojos que a veces podemos adivinar entre espirales. Hay líneas mayores, como la armonía principal, a la que acompañan arpegios menores. Contribuye a causar asombro la pátina que los bronces han adquirido con el tiempo, pues la oxidación del cobalto, rojo y verde, supera en belleza a las gemas naturales.

Los bronces chinos se han descubierto casi recientemente en tumbas que nadie había osado profanar antes de la revolución. Sólo algunos se conservaban como reliquia de familia en casas particulares.

Con los bronces aparecieron objetos de jade, que por su forma creemos personifican el alma, espíritu o carácter de un difunto. Algunos, sólo muy pocos, tienen formas ambiguas que pueden identificarse con visiones, casi espectros, entre nubes. Así, un

Hacha de bronce procedente de las excavaciones de Anyang, antigua capital de la dinastía Chang, en donde se han hallado piezas suficientes para conocer todo el arte chino anterior al siglo XII antes de J. C. y las primeras muestras de la escritura ideográfica china.



rarísimo jade encontrado permite distinguir un dragón volando en un cielo de tormenta. Pero, por lo regular, los jades tienen formas de cetros planos, que el gran señor llevaría en vida. Son más o menos largos y pulimentados; sólo a veces presentan ranuras en el borde o dientes que pueden significar casos de perpleja moralidad, caídas en error del difunto, por haber abandonado la superficie clara y lisa que imponía su condición de jefe de familia o de estado.

Los jades chinos son generalmente blancos, grises o de tonos marfileños, pero algunas veces tienen partes de color intenso, como si el alma que representan tuviera momentos en que vivía en desacuerdo con el resto de su manera de pensar y sentir.

Así, con esta ciencia, comentario crítico de arte y ciencia prehistórica en parte y en parte actual, se formó Confucio. Al plano moral en que pasó su juventud no llegaron ni ideas ni impresiones de otras gentes y países. No presenció sacudidas políticas produ-

Espejo de bronce cuya delicada factura es testimonio de un arte al menos dos siglos anterior a Confucio (Museo Cernuschi, París).

cidas por invasiones. Los pequeños soberanos que se disputaban el privilegio de ser los primeros en cada región tuvieron sus combates, que producían mucho dolor y ruina, pero nada espectacular que hiciera temer un fin total de la nación.

Los cambios en China no podían venir de los bárbaros del exterior ni de la misma población descontenta, porque las gentes se habían acostumbrado a la idea de que los males del estado no son resultado de una organización deficiente, sino de la falta de virtudes individuales de los ciudadanos. Si alguna vez se intentaron en China reformas radicales, fueron debidas a la iniciación de magnates saturados de filosofía o movidos por algún consejero idealista, místico o comunista. Sin embargo, cambios menores, revoluciones, desmembramientos de provincias, guerras civiles y efímeras cam-

Representación de Confucio según una copia del retrato original de Pou Kie que se guardaba en un monasterio budista de Pekín (Biblioteca Nacional, París).





Una vasija de bronce "tsio", de la dinastía Chang, utilizada para calentar el vino sobrante de las libaciones (Museo Cernuschi, París).

pañas de unificación dejaron poco rastro en la nación china, cuyo espíritu podemos ver cristalizado en los escritos de Confucio y sus discípulos.

Confucio nació el 551 a. de J. C. Su padre era ya viejo, de setenta años, y viudo cuando se casó con una muchacha de diecisiete años que le dio este su último vástago. Acaso su nacimiento casi póstumo explica la moderación algo apagada, ultrachinesca, que caracteriza los discursos de Confucio. Aunque puede decirse que el filósofo no conoció a su padre, siguió su misma carrera, que era la de empleado del gobierno. Hasta los cincuenta y dos años, Confucio no hizo más que meditar sobre los problemas de la vida humana, considerando a cada individuo como miembro de una familia y como ciudadano de un estado. Entregado a sus cavilaciones, atrajo a su alrededor a varios espíritus interesados en los mismos asuntos. Las preguntas y respuestas del maestro y sus discípulos forman cuatro libros, aunque el último ya es obra de Mencio, que vivió varias

LAO-TSE

Uno de los grandes filósofos de China, Lao-Tse, cuya influencia fue extraordinaria incluso fuera del país, es sin duda una figura histórica. Nacido hacia el 605 antes de J. C. en la provincia que ahora se llama Honan, durante algún tiempo fue maestro de Confucio, quien más tarde tendría ideas completamente distintas.

Según la leyenda, alrededor del nacimiento de Lao-Tse ocurrieron cosas sorprendentes. Su madre fue una virgen y su padre un rayo de sol. Durante ochenta años, la virgen llevó al niño bajo el corazón antes de su nacimiento. No es extraño, por tanto, que naciera con pelo y cejas blancos y que desde su primer día de vida fuera ya tan sabio como una persona octogenaria normal. Tampoco es extraño que su influencia en el pensamiento chino haya sido casi tan amplia como la de su discípulo Confucio.

Lao-Tse actuó como bibliotecario en la corte de Chou. Pronto se hastió de aquella vida, que con todo su lujo le impedía dedicarse a la meditación. En un librito que compuso explica su filosofía en ochenta y un capítulos y unas cinco mil palabras, obra que ha sido motivo de mucha confusión y controversia. Viajó con su libro en dirección al Oeste hasta llegar a la frontera del país. Entonces entregó el manuscrito a un guardia fronterizo, con el encargo de guardarlo bien. Y él desapareció para siempre de China y del mundo, porque nadie volvió a verle jamás.

Ningún libro ha dado tantos quebraderos de cabeza a editores y traductores como el famoso *Tao-Tse Ching* de Lao-Tse. Jamás una obra china ha sido traducida a tantos idiomas ni sufrido tantas interpretaciones personales, pues es tan oscura e incoherente, que es dificilísima su versión. Justamente los pasajes oscuros han dado ocasión a que el libro sea fuente de propaganda para toda clase de ideas, porque cualquiera puede aprovechar algo conveniente a sus propios fines. Propagandistas posteriores del *taoísmo,* como se llamó más tarde la teoría de Lao-Tse, pretendían que el gran filósofo había viajado a la India para informar a Buda de sus ideas y finalmente convertirle a la filosofía taoísta.

Según conceptos modernos, la obra de Lao-Tse no puede ser anterior al siglo IV antes de J. C. y debió ser redactada por más de un autor, lo cual explicaría su confusionismo. Comparando ideas de varios autores chinos antiguos se ha llegado a esta conclusión, pero tanto si Lao-Tse escribió el *Tao-Tse Ching* como si no, el hecho es que ha tenido enorme importancia para los pensadores chinos en el transcurso del tiempo, porque de él surge una mezcla extraña de ritos y costumbres, de espíritus buenos y malos, de diablos y dioses, de superstición y prodigio que le son ajenos, pero que impresionaban mucho a mentes rudas y que por ello fueron aprovechadas muchas veces. Sólo verdaderos expertos sabían encontrar el profundo e intrincado significado que aparecía en el libro, pues tras profundo estudio y meditación quizá podría comprenderse algo de lo que Lao-Tse habría querido decir antes de desaparecer del mundo. Como prueba de lo dicho transcribimos la última estrofa, que también con un pequeño esfuerzo es comprensible para el hombre moderno:

La palabra sincera no es bonita;
la palabra bonita no es sincera.
El hombre que vale no lucha;
el hombre que lucha no tiene valor.
El sabio no es docto;
el docto no es sabio.
El hombre perfecto no colecciona riqueza;
es derrochador en lo humano;
regala lo humano y es rico.
El camino del todo es:
conformarse sin lucha.
El camino del hombre es:
el hecho sin compromiso.

J. T. S.

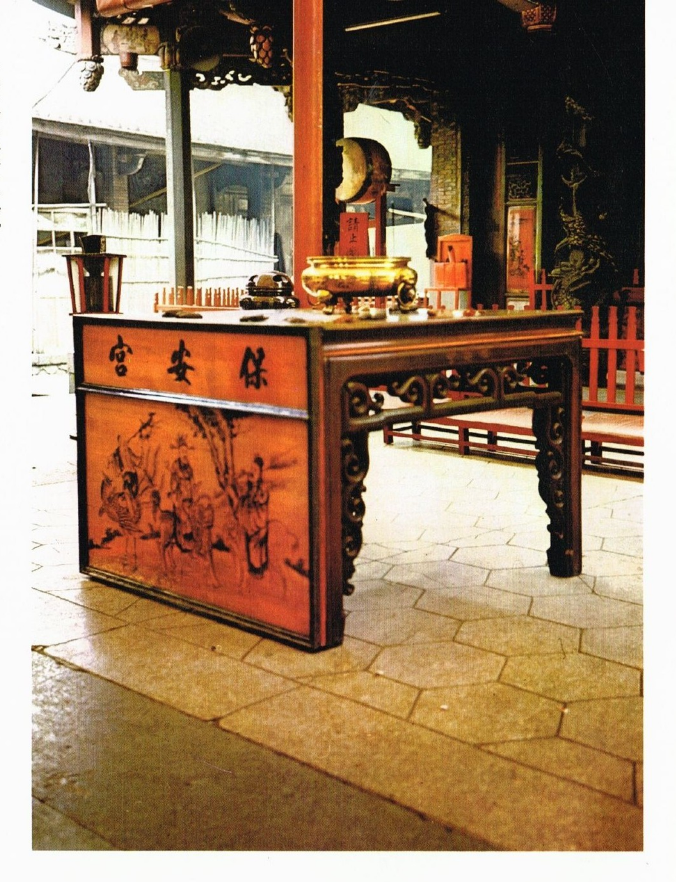


generaciones después, y sólo contiene algunas alusiones directas a las enseñanzas de Confucio.

Además, como sea que Confucio pasó gran parte de su vida estudiando la Historia, para hallar en ella ejemplos de buena conducta y buen gobierno, se esforzó en corregir y embellecer los textos antiguos. A él debemos la redacción definitiva de cinco libros clásicos llamados *Cánones*. Uno es el antiquísimo *Libro de los Cambios;* otro es una colección de poesías primitivas chinas; otro es un libro de ritos y ceremonial, y los otros dos son libros de Historia: una historia general de China *(Shu-King)* y una crónica de la provincia de Lu, donde Confucio residió largos años. Confucio, pues, fue más bien

Terracota funeraria de la época Han, especie de maqueta de una casa china de la época (Museo Cernuschi, París).

Interior de un templo de Confucio en Taipeh, Formosa, con un altar en primer término. Si se levantaron templos a Confucio no fue por considerarle un dios o un ser divino, sino como signo de respeto a un gran hombre. El confucianismo no posee credo, sacerdotes ni "biblia", por lo que no puede hablarse de él como de una religión.



un erudito lleno de fe en el pasado que un pensador original. Empero, lo que repite, aunque fuese ya viejo, tiene tal acento de sinceridad, que penetra en el ánimo como doctrina enunciada por primera vez.

Para Confucio, como para la mayoría de los chinos, la primera virtud es la piedad filial, y la más grande ofensa que puede hacerse a un padre es no darle nietos. Hay que honrar la familia procurando que no le falte descendencia, y practicar el culto de los antepasados difuntos, por lo menos del padre y el abuelo. Pero así como el culto de los antiguos romanos a los manes tenía por móvil principal evitar los maleficios de los espectros, en los chinos es una continuación de la piedad filial que han demostrado en vida. La idea de Confucio de que, "cuando el padre todavía vive, el hijo no debería considerar nada como suyo", recuerda también la *manus* o potestad paterna de la ley romana; pero en China se da como consejo, pues el padre no tiene autoridad absoluta sobre el hijo. Tampoco hace falta, porque el hijo nunca desobedecerá a su padre ni abusará de su bondad bien reconocida.



En las inmediaciones de Cantón existe este sistema para regar los campos, que ha resistido el paso del tiempo, a pesar de todos los adelantos modernos.

Como consecuencia de esto, el padre no puede obligar a la hija o al hijo a contraer matrimonio con tal o cual persona, pero sabe muy bien que su propuesta no será nunca discutida. Una vez casados, el matrimonio es considerado casi como un sacramento. He aquí una sentencia del todo confuciana: "La mujer no puede procrear sola, el marido no puede procrear solo, el cielo solo no puede producir un hombre. De la colaboración de los tres nace el ser humano: por tanto, uno puede ser llamado igualmente hijo de su padre, de su madre, o hijo del cielo". También confuciana, aunque ya no lo parezca tanto, resulta esta otra sentencia: "Nunca ha nacido nadie sin la colaboración del cielo. Dios es el creador de cada uno de nosotros"

Hoy resulta enojosa la grave distinción que hace Confucio entre el hombre y la mujer. De él se deriva que en China exista una medida para juzgar al hombre y otra diferente para la mujer. "Una vez unida al marido, la mujer no olvidará la noción de sus deberes para con él; aunque él muera, ella no se casará otra vez." En cam-



La tumba de Confucio, en los alrededores de Cantón.

bio, el marido puede tener, y tiene todavía en China, varias concubinas en su misma casa. A menudo su propia esposa le ayuda a procurárselas, para que ellas y sus hijos den más vida a la sociedad doméstica, truequen en animación la monotonía del gineceo. La esposa sigue siendo, sin embargo, la señora del hogar: "El hombre no debe hablar de lo que atañe al hogar; la mujer no debe hablar de lo que ocurre fuera de casa". "No hay que hablar en la calle de las cosas de casa, ni en casa de las cosas de la calle." "La tierra y el cielo están separados y, sin embargo, tienden a un mismo fin; el hombre y la mujer deben estar separados, aunque siempre trabajando movidos con un mismo propósito."

Los chinos, como los romanos, creían que el divorcio era inevitable; no obstante, mientras el cónyuge romano debe legitimar su separación con una carta firmada por siete testigos, a la mujer china le basta con enviar a su marido un criado que le recitará la fórmula de despido redactada por Confucio: "Mi señora, por falta de habilidad, no ha sabido mantener llenos los vasos de grano para vuestros sacrificios; por esto me envía para que lo anunciéis a vuestros criados". Confucio, ya viejo, se divorció con la excusa de que su mujer no picaba la carne bastante fina. Los chinos nunca comen la carne asada sin picar.

Los rituales y ceremonial fijados por Confucio regularon toda la vida china hasta nuestros días. "Si llevas un objeto con una mano –dice Confucio–, lo llevarás a la altura de la cadera. Si lo llevas con las dos manos, a la altura del pecho. No mires de reojo; no contestes con voz fuerte; no te sientes con las piernas separadas; no te eches en la cama boca abajo."

Claro está que para Confucio las reglas y ceremonias son la expresión de lo que es justo. Con ellas espera dar más libertad al espíritu que mantenerlo atado con preceptos. Por este método del Justo Medio, incorporado a las normas tradicionales, Confucio espera obtener el "hombre completo". Este producto de una vida regulada hasta en los más pequeños detalles será un buen hijo, un buen hermano, un perfecto ciudadano y un perfecto gobernante. No amará las riquezas, pero no se entregará místicamente a la contemplación: "Vivir en el retiro, aunque sea obrando milagros, he aquí lo que no haré". Confucio predica la humildad: "No te creas tan grande como pequeños juzgas a los demás". Sin embargo, al preguntarle un día si debíamos devolver bien por mal, respondió: "Si amamos a los que nos odian, ¿qué sentiremos por los que nos aman? Justicia, pues, para los que nos hagan daño; amor para los que nos quieran bien".

Este estoicismo apagado de Confucio no convenció a todos los chinos. Mientras él trataba de aplicarlo con experimentos de gobierno, que le permitían realizar algunos príncipes amigos, en el Sur predicaba Lao-Tse la doctrina del *Tao* o conocimiento intuitivo, de que hablaremos más adelante. Pero hasta dentro del mismo confucianismo se sentían deseos de algo mejor. En el *Li-King*, o Libro de Ceremonias, que se atribuye también a Confucio, encontramos los siguientes párrafos, que con toda seguridad habrán de sorprender al lector:

"Cuando prevalezca el principio de la *Gran Similitud,* el mundo entero será una república y gobernarán los más sabios y virtuosos. Como no podrán menos de estar de acuerdo en todas las cosas, la paz será universal. Los hombres no mirarán a sus proge-



Una estatua del período de los Tres Reinos, en el siglo III, completamente integrada al paisaje de las cercanías de Nankín, antigua capital de China.

nitores como a sus únicos padres, ni a sus hijos como a sus únicos hijos. Se proveerá a la alimentación de los viejos, se dará trabajo a los que se hallen en condiciones de trabajar y se cuidará de los pequeños. Viudas y huérfanos serán atendidos... Cuando prevalezca el principio de la *Gran Similitud,* no habrá ladrones ni traidores, y las puertas permanecerán abiertas de día y de noche...

"En cambio, ahora cada uno mira sólo a su padre y a sus hijos como sus padres e hijos. Sus riquezas son para disfrutarlas él solo. Los grandes hombres se ocupan en amurallar las ciudades y protegerlas con fosos. Ritos y justicia son las maneras de mantener la correcta relación entre el príncipe y su ministro, el padre y su hijo, el primogénito y sus hermanos, el esposo y la esposa... Éste es el estado de cosas que yo llamo de la *Pequeña Tranquilidad".*

Como hemos anticipado, creemos que estos párrafos habrán sorprendido al lector; son casi las mismas palabras de un fragmento que hemos copiado de *La República,* de Platón. Parece evidente que la idea es idéntica: el día que reconozcamos nuestra propia naturaleza y vivamos perfectamente, la humanidad formará una sola familia. Por el momento, todo el esfuerzo de los héroes que Confucio cita como modelos de buenos gobernantes, todas sus virtudes, practicadas conforme a un ritual bien establecido, no podrán producir más que el régimen de orden y justicia que Confucio llama la *Pequeña Tranquilidad.* El ideal de la *Gran Similitud* resulta sumamente vago; no comprendemos si fue realidad en el pasado o si es una esperanza para el porvenir. Nosotros hemos optado por el futuro al traducirlo.

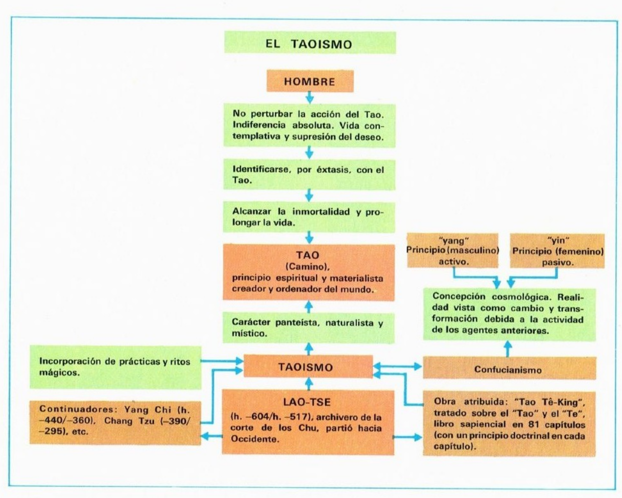
Pero en este tiempo de la *Pequeña Tranquilidad,* "el sabio encuentra placer en la corriente del agua, el virtuoso encuentra placer



en las colinas". Más aún que en la naturaleza, el sabio encontrará contentamiento en la poesía y la música. Confucio tenía sus pretensiones de crítico; un día llegó a decir: "Creo que en la literatura soy casi igual a los demás". Lo que, en su afectada modestia, era tanto como decir: sé más que los demás. La música para Confucio, lo mismo que para Platón, cambia el modo de ser de las personas. He aquí el párrafo de Confucio: "Los sabios se deleitan con la música y podría emplearse para mejorar al pueblo. La música ejerce tal influencia en el hombre, que llega a cambiar sus costumbres; por esta causa, los antiguos reyes insistieron en que se enseñara música en las escuelas". "Las ceremonias y la música –dice en el *Li-King*– no deben desdeñarse. La música brota de lo íntimo del alma, las ceremonias vienen de fuera; por esto las ceremonias deben ser lo más cortas posible, para dar tiempo a la música. Los sabios hacen música de acuerdo con el cielo, y disponen las ceremonias de acuerdo con la tierra. El más alto estilo de música es el más sencillo, la suprema elegancia es una sencillez sin pretensiones."

El último punto que Confucio deja en la penumbra, y así ha quedado siempre para los chinos, es el de la vida futura; sin embargo, dice: "La carne y los huesos se pudren en la tierra, el espíritu se manifiesta en lo

Lao-Tse, sobre su búfalo y con el rollo del "Tao" en la mano, partiendo para Occidente (Museo Guimet, París).



CONFUCIO

En la larga historia de China destaca un hombre que ejerció una influencia tan grande en la sociedad, que incluso se deja sentir en el sistema comunista actual. Este hombre fue el filósofo K'ung Fu-Tse, conocido en el mundo occidental como Confucio. K'ung Fu-Tse significa maestro K'ung. Hay un hecho que nunca debe perderse de vista, porque se presta a error: Confucio no fue un fundador de religión, sino un filósofo, maestro y político de dimensiones fuera de lo común.

Confucio –le llamaremos por su nombre latino, por ser el más conocido– vivió de 551 a 471 a. de J. C. De su vida real sabemos muy poco, porque los siglos han tejido a su alrededor una maraña de fábulas y leyendas. Posiblemente descendía de una familia noble venida a menos. Gracias a su clara inteligencia, finalmente llegó a ser una de las personas más sabias que jamás haya tenido China.

Sentía un interés extraordinario por la política, y este hecho no es sorprendente, ya que vivió en una época muy intranquila. El emperador reinante no era más que un títere. En realidad, quien mandaba era la poderosa nobleza. Para costear sus continuas guerras, el pueblo fue esquilmado por completo, y Confucio, que conocía bien tales problemas por su propia miseria, decidió dedicar su vida a buscar una solución que subsanara tanta arbitrariedad. Llegó a la conclusión de que la única posibilidad era establecer una nueva política de gobierno. El soberano no debía considerar como lo más importante la consecución de su propio bienestar, sino la felicidad de todos sus súbditos, y así señaló al emperador el objetivo sagrado de conseguir esto. Los impuestos, que habían llegado a extremos inaguantables, tenían que reducirse considerablemente; debían suprimirse los castigos crueles e inhumanos, porque sólo donde hay paz puede haber felicidad.

Para la consecución de sus planes, Confucio no podía contar con la ayuda de la nobleza. Mas para realizarlos era imprescindible conquistar una elevada posición en la política. En su propia provincia, Loe, no tenía ninguna posibilidad de conseguirlo. Para divulgar sus ideas, Confucio empezó por exponer sus planes con claridad y amplitud a los jóvenes. De éstos surgió un grupo de discípulos que le reconoció como maestro y logró alcanzar altos puestos en el gobierno, con lo que las ideas de Confucio se difundieron, aunque nunca ejercieron su máxima influencia en vida del gran filósofo.

Por fin, Confucio fue considerado suficientemente importante para otorgarle un alto cargo, aunque sólo fuera con el propósito de apartarlo de sus actividades de proselitismo. Consiguió un brillante título, pero llevaba implícita una actividad que le impedía desarrollar sus ideas, por lo cual se negó rotundamente a aceptar tal honor. Entonces decidió viajar para divulgar sus doctrinas. Durante diez años viajó continuamente por toda China en busca de un soberano que quisiera darle la oportunidad de poner en práctica los nuevos principios.

Cuando tenía 67 años y todavía no había encontrado el soberano ideal, regresó a la provincia de Loe (actualmente Shantung), donde siguió enseñando hasta que murió, a los 72 años.

Como maestro, Confucio fue insuperable. Sonsacaba de cada alumno su verdadero carácter y talento para impartir, según sus características, las enseñanzas oportunas.

No sólo incluía en ellas la filosofía, sino también la música, la poesía y la historia del propio país. El discípulo tenía que aprender a pensar por sí mismo y a contestarse las preguntas que la vida puede plantear a cualquiera. El valor que más apreciaba era la sinceridad en todas las circunstancias, y esto regía tanto para el emperador como para sus más humildes súbditos. Además, concedió gran importancia a las relaciones humanas correctas. La base de sus enseñanzas consistía en el derecho y el deber de cada individuo de tomar sus propias decisiones y asumir la responsabilidad completa de sus actos. La pobreza no era impedimento para llegar a Confucio; sólo contaba la inteligencia.

Por esto el filósofo chocaba continuamente con las ideas encasilladas de la nobleza y de las autoridades, que hasta aquel momento habían considerado de su dominio particular los conocimientos superiores y las bellas artes.

Confucio desechó rápidamente estas ideas arcaicas y falsas. Según él, sólo podía reinar un hombre que hiciese feliz al pueblo. Quien fuese virtuoso, inteligente y culto podía reinar. Un individuo de esta clase no tenía que ser necesariamente aristócrata. El rey que no ostentase estas cualidades tenía que retirarse y dejar su sitio a alguien que las poseyera. Pero incluso con estas buenas cualidades no sería buen gobernante. Sólo quien poseyera gran ilustración y amplia visión podría prever y reinar.

Como la buena educación podía proporcionar tales conocimientos y amplia visión al estudioso, Confucio atribuyó un valor enorme a la educación.

Todos debían recibir enseñanza elemental, con lo que podrían demostrar su inteligencia. Por medio de una selección cuidadosa siempre se obtendría finalmente el hombre adecuado para el puesto indicado.

Con el tiempo, China logró una forma de gobierno basado en las ideas de Confucio. El emperador, que ocupaba el cargo más elevado, tenía que ser el mejor, aunque podía delegar sus funciones en los ministros, que eran quienes gobernaban en realidad y habían conseguido este cargo por sus cualidades personales, sin que su nacimiento tuviera nada que ver en ello, al menos en teoría. Porque, desde luego, a menudo había circunstancias menos favorables en tiempos de intranquilidad o de desequilibrio en la economía. Sin embargo, se puede decir que la forma de gobierno imperante en China fue la determinada por el maestro K'ung.

J.T.S.

alto con glorioso resplandor". Hay algo aquí de la idea que hemos encontrado en los estoicos romanos acerca de una vida astral después de la muerte.

Pero Confucio no llega a entusiasmarse hasta creer intelectualmente, como Cicerón y Marco Aurelio. Vuelve al culto de los antepasados "como si estuvieran presentes". Parece prescribir los sacrificios más por el provecho que de ellos redunda a los vivos que por la satisfacción que procuran a los muertos. La piedad y las buenas obras que se van acumulando en sucesivas generaciones benefician por entero al tronco secular de la familia y de él pueden esperarse de esta manera mejores frutos.

"Sacrificio no es un acto exterior, pues sale del corazón." "Los espíritus sólo aceptan los sacrificios de los sinceros." Éste es el bien principal que se obtiene del culto a los antepasados: el mejoramiento de uno mismo. El maestro dijo: "¿Cómo podéis servir a los dioses si no sabéis servir a los hombres? Si no sabéis nada de la vida, ¿cómo pretendéis saber algo de los muertos?". Pero... "el cielo existe y Él me conoce".

Así, sin cosmogonía, o sistema de origen del mundo; sin teología, o concepto de la divinidad y sus gentes; sin escatología, o creencia en un reino de ultratumba, la China plasmada por Confucio tenía necesariamen-



te que ser presa de las místicas budistas y las supersticiones taoístas, por lo que no es raro encontrar allí gentes que practican las tres religiones, aunque consideran a Confucio como el patriarca nacional, el gran maestro que expresó en términos sencillos el carácter eterno de la raza.

Contemporáneo de Confucio, y viviendo como él empleado la mayor parte del tiempo, fue otro sabio gigante, cuyas enseñanzas todavía duran, aunque con intermitencias intercaladas con el puro confucianismo. Ya al final de la vida, este a quien llamamos Lao-Tse quiso ver y conocer al otro gran maestro del Justo Medio. De lo que hablaron no ha quedado tradición, pero Confucio dijo después de la entrevista: "Hoy he visto un dragón volando entre las nubes". ¿Qué le diría Lao-Tse para parecerle así? La leyenda sólo pone en boca de Lao-Tse estas palabras, que debían de sonar en los oídos de Confucio como una severa lección: "Estos ejemplos de virtud que buscas en el pasado son de gente ya comida por los gusanos y de la que subsiste sólo el nombre. El sabio debe vivir en su tiempo y trazarse su propio camino, para no hallarse rodeado de difi-

Estatua de Lao-Tse en la pagoda de porcelana de Cantón, China.

Cerámica vidriada, producida durante la dinastía Han, que representa la figura de un perro ladrando (Museo Británico, Londres).

MENCIO

De entre sus grandes filósofos, tres tuvo China que han sido de suma importancia para su historia: Mencio, Confucio y Lao-Tse, los cuales sobresalen con mucho de los demás. Si maestro K'ung fue conocido en Occidente como Confucio, maestro Meng también recibió un nombre latino: Mencio. Su vida presenta mucha semejanza con la de Confucio y provenía de la misma provincia (la actual Shantung). Igual que Confucio, vivió en una época de política confusa (372-289 a. de J. C.). Como profesor, viajó largamente por China enseñando su forma de pensar, hasta que, al fin, se retiró desilusionado, para terminar su vida dedicado plenamente a la meditación.

Mencio creía en los héroes legendarios de los antepasados, pero, al contrario que Confucio, no quiso aceptar todo lo que contaba la Historia. Creyó también en la bondad ingénita del hombre, que le permite distinguir entre lo bueno y lo malo, y esperó que cada individuo sometiera su actuación a este principio. Un joven está lleno de bondad congénita. Por los tristes ejemplos que le ofrece la vida, el hombre razonable se dará cuenta a tiempo de que su bondad disminuye, lo que le impelirá a reforzarla y cultivarla. Aunque esto no es fácil, tiene el estímulo de la "doctrina del amor distinguido". Por ejemplo: el individuo que ama a sus padres es un ser natural; si no los ama, es un animal, y por tanto, como hombre, es contranatural. De este amor por los padres viene a desarrollarse el amor hacia el prójimo.

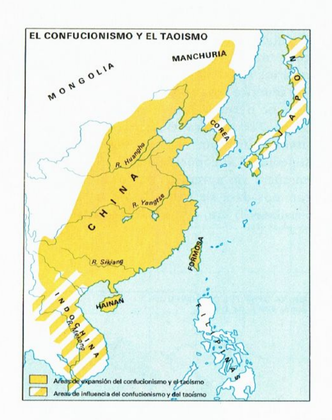
Como el hombre es bueno por naturaleza, no hay diferencia entre ellos. Todos somos iguales. Cada ser humano es, según Mencio, "una complejidad acabada perfectamente", pero esto no quiere decir que no haya hombres "más altos" y "más bajos", por decirlo en lenguaje sencillo. Aunque todos seamos buenos por igual, no somos iguales de inteligentes ni igualmente dotados, lo que es decisivo en la vida social.

Aparte de amor para todos, Mencio ponía justicia en cualquier cosa: "El espíritu del hombre es justicia". Sólo hombres verdaderamente buenos pueden reinar. Como en tiempos de Mencio el gobierno dejaba bastante que desear, no cesó de criticar acremente a los gobernantes feudales. Esto le llevó a reconocer el derecho a la revolución cuando el país estuviera mal gobernado.

Para el filósofo, las órdenes del cielo (según las cuales el emperador estaba sentado en un trono de dragones) eran algo muy sagrado, contra lo que ningún gobernante podía oponerse. El pueblo debía ocupar siempre el primer plano; el emperador sería su servidor. Si no tenía condiciones para desempeñar su tarea, debería ser destronado para siempre.

He aquí las reglas que Mencio daba para el buen gobierno: escuelas para todos, leves castigos para los malhechores, reducidos impuestos, reparto equitativo de riquezas, tierras en propiedad inalienable y definitiva para los campesinos, protección del estado para todo el mundo. Estas normas tan actuales de Mencio han permitido que los chinos le consideren como el segundo filósofo, inmediatamente detrás de Confucio, que es el primero. Cuando, bajo la dinastía Sung, nació el neoconfucianismo, las normas de Mencio tuvieron gran influencia, porque ciertamente se veía en ellas algo nuevo por completo.

J.T.S.



cultades. Los mercaderes ricos no enseñan sus tesoros, los guardan en la caja; igualmente, el hombre superior parece el más natural y sencillo. Apártate de la vana ciencia. Es cuanto tengo que decirte".

Estas palabras, que la tradición atribuye a Lao-Tse, están completamente de acuerdo con el librito llamado el *Tao*, en que se halla concentrada toda la filosofía del sabio archivero de Chou. La palabra *Tao* se traduce por *Camino*, o *Sentido*, pero su significado parece vago. Para la mayoría de los modernos críticos no es obra de Lao-Tse, sino de discípulos suyos posteriores. De todos modos, el *Tao* contiene una doctrina uniforme que parece la clara expresión de una gran personalidad.

La leyenda cuenta que Lao-Tse, después de haber vivido en su soledad del archivo de Chou, al llegar a la vejez renunció al cargo y salió de China para no volver.

El *Tao* nos lleva a un concepto del mundo mucho más profundo que cuanto hallamos en las otras doctrinas del Oriente. "*Tao* no puede expresarse –dice Lao-Tse–; el *Tao* es eterno; lo que puede nombrarse ya no es el *Tao*." "Cuando un sabio oye hablar del *Tao*, comienza a pensar y cree en él; cuando un sabio a medias oye hablar del *Tao*, cree y duda; cuando un ignorante oye hablar del *Tao*, se ríe a carcajadas, y si no se riese, ya el *Tao* no sería el *Tao*."

El *Tao* es lo inmanente, lo que es, ha sido y será, y está más allá del cielo y de la tierra. "Hay una cosa que ya existía antes que el cielo y la tierra: quieta, vacía. Sola e inmutable. Recorre un círculo y no sale de él. Se puede llamar *la madre del mundo*. No se sabe su nombre. La llamamos *Tao* para decir *grande*..., tan grande que se desvanece; leja-



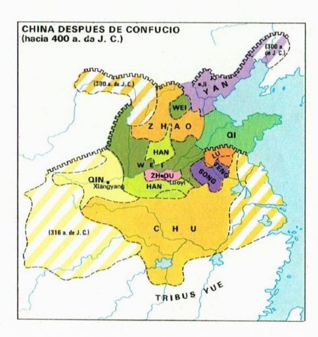
Según la imaginación de un dibujante chino del siglo XVIII, así era el acceso a la presencia de un emperador de la época Han (Biblioteca Nacional, París).

na, pero que vuelve... Fluye siempre. Es un abismo, que antecede a todas las cosas. Parece que fue antes que Dios." "Mis palabras –sigue diciendo Lao-Tse– son fáciles de comprender, muy fáciles de ejecutar; pero nadie en la tierra puede comprenderlas ni ejecutarlas." ¿Por qué? Porque los hombres quieren ser ellos y cambiarlo todo. ¿Cambiarlo para qué? Para el bien; pero el bien ya no es el *Tao;* el *Tao* está más allá del bien y del mal. Por esto Lao-Tse se enfureció contra Confucio. Escuchemos lo que dice: "Cuando un gran imperio empieza a correr naturalmente, como el agua, se produce la unión del mundo... Conquistar el mundo y querer manejarlo, he visto que fracasa. El mundo es una cosa espiritual, que no puede manejarse. El que la maneja, la echa a perder. El que la quiere retener, la pierde".

El progreso material no interesa a Lao-Tse: "Las carreteras serán hermosas y llanas, pero las gentes irán por malos senderos. Las leyes serán severas, pero los campos estarán llenos de cizaña y los graneros vacíos. Los trajes serán elegantes; todo el mundo llevará espada y comerá viandas exquisitas; algunos tendrán grandes fortunas; pero reinará el desorden y no la justicia". En cambio, "si reina uno verdaderamente grande, apenas el pueblo advertirá que está reinando. Otros reyes, menos grandes, serán amados, temidos o despreciados...". "El que gobierna (según el *Tao*) deja los corazones vacíos y los cuerpos dispuestos. Debilita los deseos y fortalece los huesos. Mantiene constantemente a las gentes exentas de saber y de apetitos, y cuida que aquellos que creen saber (los *científicos*, los sabios a medias) no se atrevan a obrar. Consigue no hacer. Así todo se pone en orden."

Por sus resultados vamos comprendiendo qué es el *Tao*. Es lo que es; y está más alto que la ley de la naturaleza, pero produce la ley. Lao-Tse dice que la Luna y las estrellas hace ya tiempo que aprendieron el *Tao*. Los hombres perfectos pueden ser como ellas y vivir conformes con el *Tao*. "Cuando los de arriba no hacen nada, entonces el pueblo se forma por sí mismo. Cuando los de arriba gustan de la quietud, el pueblo se arregla por sí solo. Cuando los de arriba no realizan actividad ninguna, el pueblo se enriquece por sí mismo. Cuando los de arriba no sienten apetitos, el pueblo, por sí mismo, adquiere la simplicidad." ¡Qué contraste con la regulación estricta de Confucio en todas las cosas! Más aún cuando añade Lao-Tse, evidentemente preocupado por el culto a los antepasados, que "cuando se gobierna el mundo por el *Tao,* entonces los muertos no vagan como espíritus. No es que los muertos no tengan fuerzas espirituales, pero no perjudican al hombre...".

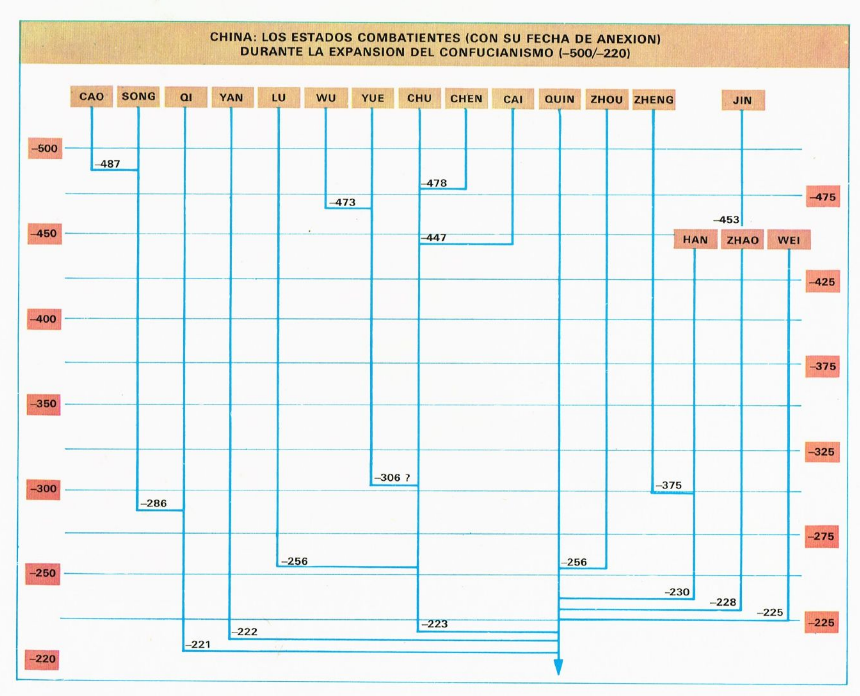
El *Tao* predica el amor, la sobriedad, devolver bien por mal, etc. Pero todo queda supeditado al conocimiento del *Tao,* que nos enseñará sin aprender, nos dirigirá sin buscar, nos dará sin pedir. La doctrina del *Tao* permaneció como una ciencia mística, ex-



puesta en libros posteriores, pero sin tener muchos adeptos, hasta que poco a poco fue convirtiéndose, de doctrina moral que era en su origen, en magia y superstición.

Varios emperadores chinos se interesaron por el *Tao.* Se cuenta que uno de ellos trató de explicarlo a sus cortesanos, y para tenerlos despiertos mientras hablaba, tuvo que amenazarlos de muerte si llegaban a bostezar. Otro emperador, el primero de la dinastía Han, protegió de tal modo a los letrados intérpretes y comentadores del libro de Lao-Tse, que el taoísmo pasó a ser la religión del estado.

Del pequeño filósofo archivero se hizo así un dios y se esperaron de él reencarnaciones sucesivas. Al *Tao* se le encontró un sentido oculto y a sus frases oscuras se les atribuyó fuerza de conjuro. Un sumo pontífice taoísta se instaló el año 123 en la montaña del Dragón, en Kiang-Si, y desde entonces sus descendientes han continuado atribuyéndose "el poder de pasearse por el cielo estrellado, gobernar el viento y la lluvia, mantener el mar separado de la tierra y expulsar los demonios". En todas las religiones se descubre el fenómeno de la interpretación del libro sagrado, esencialmente espiritual y metafísico, para adaptarlo a satisfacer necesidades prácticas de devoción. Se encuentran casos en que el texto de las escrituras y la liturgia están en perfecto desacuerdo, y aun se contradicen. Sin embargo, en el caso del taoísmo el escándalo es tan enorme, que no se comprende que un pueblo sensato y poco propenso a desvaríos místicos, como el pueblo chino, haya podido asociar durante más de dos mil años a Lao-Tse y el *Tao* con los conceptos de un cielo mágico y un infierno que se halla plagado de demonios a quienes hay que aplacar con exorcismos.



BIBLIOGRAFIA

Brémond, R.	*La sagesse chinoise selon le Tao,* París, 1955.
Creel, H. G.	*Confucius, the Man and the Myth,* Londres, 1951.
Do-Dinh, P.	*Confucio y el humanismo chino,* Madrid, 1965.
Duyvendak, J. J. L.	*Tao Te Ching,* 1954.
Fung Yu-lan	*A History of Chinese Philosophy,* Princeton-Londres, 1952-1953.
Grenier, J.	*L'esprit du Tao,* París, 1956.
Hughes, E. R.	*Chinese Philosophy in Classical Times,* 1942.
Hu Shih	*Religion and Philosophy in Chinese History,* Shanghai, 1931.
Legge, J.	*The Works of Mencius,* 1895.
Leslie, D.	*Confucius,* París, 1962.
Lin Yutang	*The Wisdom of Lao Tse,* 1948. *La sagesse de Confucius,* París, 1949.
Lionnet, J.	*Tao Te Ching, traité sur le principe et l'art des vieux maîtres de la Chine,* París, 1962.
Liu Wu-chi	*La philosophie de Confucius,* París, 1963.
Marín, J.	*Lao-Tse o el universismo mágico,* Madrid, 1967.
Maspéro, H.	*Mélanges posthumes sur les religions et l'histoire de la Chine. Les religions chinoises, le taoïsme* (3 vols.), París, 1950.
Shrycock, J. K.	*The Origin and Development of the State Cult of Confucius,* Nueva York, 1932.
Waley, A.	*Three Ways of Thought in Ancient China,* Londres, 1939. *The Way and its Power,* Londres, 1934.
Wieger, L.	*Le taoïsme,* París, 1911-1913.
Wilhelm, R.	*Confucio,* Madrid, 1965.



Una cierva arrodillada (Museo Cernuschi, París), muestra del arte de la estepa china, procedente de la región de los ordos, en la Mongolia meridional.